

DIOS INMUTABLE E ININTERCAMBIABLE

POR EL

Rvdo. P. VICTORINO RODRÍGUEZ, O. P.
(Plática en el Acto Eucarístico de Clausura)

(Oración ante el Santísimo Sacramento)

Señor, sabemos que Tú no cambias, que eres eternamente inmutable, siempre fiel a tu palabra y a tu amor. Así lo canta todos los días la Iglesia en su Liturgia, en el himno de *Nona*:

«Rerum, Deus tenax vigor,
immutus in te permanens,
lucis diurnae tempora
successibus determinans».

Sabemos que ni siquiera al *encarnarte* en la persona del Verbo te inmutaste, ni al *transsubstanciarte* en pan y vino en la Eucaristía experimentas cambio alguno en la Humanidad asumida, ni al venir a nosotros e *inhabitararnos*, Uno y Trino, te transpones. «Yo, Yavé, no me he mudado» (*Mial*, 3,6). «En El —dice Santiago, 1,17— no hay mudanza ni sombra de alteración».

Y, sin embargo, sabemos que eres *Amor* (I *Jn*, 4,8) y *Vida* perenne (*Jn*, 14,3,6), que a nosotros nos cuesta concebir sin que sea cambiante, *motus ab intrinseca*, como la nuestra.

Sí, Señor, a nosotros nos has hecho cambiables y temporales, perfectibles y defectibles con el cambio, aunque nuestra vocación es de eternidad invariable: «Nos has hecho, Señor, para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti» (San Agustín, *Confesiones*, I, 1). Buscamos una quietud, no de muerte o inacción, sino de vida perenne e imperturbable, participación de tu vida eterna, «posesión simultánea, total y perfecta de la vida interminable», que dijera Boeccio (*De Consolatione*, V, 6).

Sin embargo, Señor, nuestra vida cambiante de este mundo

está abocada a un fin de *consumación*, y no de *consumción*, como diría San Agustín; transcurre con riesgos de *intercambios* desordenados y de *cambios* o variaciones regresivas y degradantes. En el Evangelio de la Misa de este domingo (*Mt*, 22,1-14) se nos recordó la parábola de los invitados a la boda del hijo del Rey. Unos no quisieron asistir; prefirieron atender a sus negocios: *intercambiaron* a Dios por los intereses humanos. Otro asistió, pero sin vestido adecuado de boda: no se *cambió* para el encuentro con Dios.

Estos días hemos podido reflexionar sobre estos cambios e intercambios a distintos niveles, fiados en tu palabra y en la de tu Iglesia. Te damos gracias por ello, Señor.

Sí, Señor. Sabemos que no podemos intercambiarte a Ti por el hombre, tomando al hombre por Dios —*homo homini Deus*—, pasando del teocentrismo al antropocentrismo; no podemos enajenar a Dios, optando preferencialmente por las riquezas, el placer o el poder; no podemos anteponer a la Ley de Dios y a la ley natural la ley arbitraria de los hombres; no podemos cambiar una situación de cristiandad por una situación de laicidad o secularidad; no podemos cambiar el sentido trascendente de la vida humana por un inmanentismo cerrado y opaco.

También sabemos, Señor, que tenemos la obligación ineludible de *cambiar perfeccionándonos*. «Despojaos del hombre viejo —decía San Pablo (*Col*, 3,10)—... y vestíos del nuevo». «Dejando, pues, vuestra antigua conducta, despojaos del hombre viejo, viciado por las concupiscencias seductoras, renovaos en el espíritu de vuestra mente y vestíos del hombre nuevo, creado según Dios en justicia y santidad verdadera» (*Ef*, 4,22-23). Sí, cambio, pero para andar el camino de la perfección, no para desandararlo, no para cambiar el *sí* por el *no*, como hizo el segundo de los hijos de la parábola del Evangelio de la Misa de hace quince días (*Mt*, 21, 28-32), sino para cambiar el *no* por el *sí* en caso de desobediencia anterior, como hizo el primero de los hijos.

Ciertamente, «el cambio por el cambio» es una insensatez metafísica: el «*motus propter moveri*», lo mismo que el puro cambio sin sujeto. Al cambio hay que señalarle un sujeto, un sentido perfectivo y un término para que tenga sentido y valor: cambio de quién, hacia qué y por qué. Ni cambio por el cambio ni cambio *in peius* o peyorativo, sino cambio perfectivo, *motus in perfectionem* sin límite: «sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto» (*Mt*, 5, 48).

Sabemos, por último, Señor, y tu Vicario en la tierra nos lo ha recordado el día 10 de octubre en Zaragoza, que el cambio perfectivo y bien ordenado va del corazón a las obras y de la persona a las estructuras sociales y a la comunidad, y no al revés: «No caigáis en el error de pensar —nos dijo Juan Pablo II— que se puede cambiar la sociedad cambiando sólo las estructuras externas o buscando, en primer lugar, la satisfacción de las necesidades materiales. Hay que empezar por cambiarse a sí mismos, convirtiendo de verdad nuestros corazones al Dios vivo, renovándose moralmente, destruyendo las raíces del pecado y del egoísmo de nuestros corazones. Personas transformadas colaboran eficazmente a transformar la sociedad».

Los organizadores y los conferenciantes de esta XXIII Reunión de amigos de la Ciudad Católica parecen haber adivinado la principal preocupación del momento del Santo Padre y la actitud a adoptar coherentemente desde la fe, y desde la filosofía y teología cristianas, de cara a los problemas y a las teorías más o menos utópicas del *cambio*.

Que tu Espíritu Santo, Señor, autor de nuestros cambios perfectivos interiores aumente nuestra fe, esperanza y caridad y las lleve a plenitud, como las llevó en tu Santísima Madre, paradigma de todo acceso a Dios, de todo camino de perfección.